

Entre el ser y el deber ser de las universidades

ARTURO R. GÁLVEZ MEDRANO*

RESUMEN

El presente artículo aborda algunas de las características esenciales de las universidades públicas, tanto desde la perspectiva de sus funciones esenciales como de la fuerza que intentan imprimir a sus educandos, desde el aspecto de una preparación profesional integral, hasta los valores del ciudadano y su compromiso frente a la sociedad. De alguna manera, las universidades son espacios en los que permanentemente se está en búsqueda de los mejores valores de la convivencia humana en todos sus aspectos. La fuerza moral que existe en la transmisión y generación de conocimientos, es uno de sus pilares más importantes y lo que más la hace trascender en el tiempo y espacio.

ABSTRACT

This article deals about some of the essential characteristics of public universities, in as much as their essential characteristics perspective, as per the strength they try to impress in their students, from the integral professional preparation aspect 'till the citizen's values and their commitment to society. In some way, universities are spaces in witch there is a permanent search of the best human co-existence in all aspects. The moral strength existing in the generation and transmission of general and specific knowledge, is one of its most important pillars and the most valuable concept to makes it last and transced in time and space.

INTRODUCCIÓN

A últimas fechas, pese a la existencia de tan variadas y diversas instituciones mexicanas, las universidades públicas se han convertido en los establecimientos más respetables del país, así como el último reducto de la libre expresión del pensamiento crítico ante el orden establecido. Su fortaleza deviene y es consecuencia de la investigación que en ellas se genera, de los profesionales que en ellas se forman, de la difusión y preservación de la cultura que realizan, así como de la fuerza moral que es conculcada a sus educandos. En la forja de esos ciudadanos, tiene mucho que ver la autonomía, pues el gobernarse a sí mismos es un reto y una responsabilidad de grandes proporciones. De igual manera, pasa a constituirse en el aprendizaje de cómo conducirse éticamente en la sociedad.

Retomar, como ejemplo, la forma de conducción de la economía por los “técnicos”, tiene el propósito deliberado de exhibir el mirador tan chaparrito desde el cual se toman decisiones y que se manifiesta en el regateo presupuestal, incluso, en áreas estratégicas para el desarrollo nacional, no sólo como personeros de autoridades gubernamentales insensibles a la importancia de la educación y las universidades públicas, sino de las limitaciones propias de los especialistas propensos a la barbarie; también sirve para poner en relieve las políticas instrumentadas de premios y castigos en lo monetario, tanto para las universidades como para quienes integran su personal académico. Reducir el presupuesto vulnera una parte de la autonomía, pues es el ninguneo a todos sus esfuerzos para planear su desarrollo, tanto de sus compromisos docentes como los de investigación que deben atender y cumplir; otro acto punitivo consiste en las reiteradas “sugerencias” para cambiar planes de estudio, suprimir algunas carreras o incluir otras, “adelgazar” ciertas áreas de su administración, etcétera. Todo esto, incide en el ánimo de limar las filosas aristas de su autonomía, en la que los cuestionamientos son una herramienta indispensable para demoler los viejos paradigmas, así como para construir nuevos conocimientos.

* Profesor investigador del Departamento de Política y Cultura de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correo electrónico: amedrano@correo.xoc.uam.mx

Frente al proceso de la globalización actual, el conocimiento del pasado es una tarea fundamental, porque de lo contrario no puede entenderse el presente, o bien, tampoco pueden dimensionarse sus capacidades y medir las posibilidades de sus alcances. Además, toda revisión de los hechos pretéritos, explica los rasgos esenciales que marcan la identidad de la globalización y la fuerza de la misma. De omitir estas preocupaciones inherentes a toda sociedad, existe el peligro de ser avasallada por las civilizaciones dominantes con las que se interactúa. Al respecto, las universidades tienen la tarea de preservar y difundir la cultura, así como de generar nuevos valores. Por otro lado, los jóvenes estudiantes de su comunidad, que en muy poco tiempo se incorporarán a las actividades productivas, deben seguir cultivando su inteligencia para ponerla al servicio de su gente. De alguna manera, como la mejor gente pensante debe ser, mediante su preparación estarían destinados a dirigir los asuntos nacionales con un sentido social justo.

Los riesgos de aquellos estudiantes que se preparan en las aulas universitarias, pueden ser de carácter ético, referente a la indolencia de su preparación y a la carencia de un compromiso social, entre otros. La propensión a fortalecer su propia formación, conlleva la posibilidad de centrar su conocimiento en una parcela muy pequeña, hasta transformarla en la “barbarie de la especialización”. Es decir, ser un erudito en algo muy específico, pero ignorante de todo cuanto le rodea. En suma, las universidades públicas son las instituciones en donde existen condiciones más propicias para formar a la mejor gente de una sociedad como la mexicana: poseedora de una cultura originaria, diversa y compleja en sus manifestaciones culturales, así como la intensa y difícil relación que mantiene con países poseedores de una riqueza deslumbrante que falsea y desdibuja los valores propios, para sustituirlos por las banalidades del intercambio capitalista.

LA CAÍDA DE CONSTANTINOPLA Y LA LUZ DE TABOR

En la centuria pasada, a fines de la década de los ochenta, cuando se constituyó “el Fondo de las Américas para universidades independientes o privadas de América Latina”, asistió Mario Vargas Llosa en compañía de Henry Kissinger y Javier Pérez de Cuellar, secretario de la ONU en ese entonces. El escritor peruano, desde la plataforma neoyorkina en la que estaban, en un breve discurso que pronunció en inglés, como adalid de un movimiento conservador, expresó:

Las universidades públicas o estatales de América Latina han dejado de lado su interés académico para convertirse en nidos de fanáticos extremistas que promueven el odio y la violencia (Azuela, 1991:131).

El planteamiento de un personaje tan lúcido como Vargas Llosa fue extremo, porque dejó de considerar las consecuencias de la crisis que asoló aquella década y la pobreza creciente en la región. En esas circunstancias, las comunidades pertenecientes a aquellos centros de educación superior, difícilmente podían dejar de lado la denuncia del atraso en sus naciones.

La opinión de Vargas Llosa fue una de las más notables entre otras tantas, que comenzaron a expresarse en contra las universidades públicas en el último cuarto del siglo XX. A partir de esos señalamientos, quizá deban destacarse cuáles son las “tres responsabilidades fundamentales (que asumen), una es la de tipo formal, que es la de abastecer al país de los profesionistas que necesita; otra, que es la de crear ciencia; otra, la moral, que es la de formar los hombres cultos, rectos, íntegros, de voluntad orientada hacia el bien común” (Chavez, 1978: 43). Tales propósitos, incluida la divulgación, en el caso de México, se refrendan plenamente con el cumplimiento de esas sus obligaciones, porque más de las dos terceras partes de la ciencia y la tecnología que se generan en el país, surgen de sus instituciones públicas de educación superior. Además, tampoco puede dejarse de mencionar que es en ellas donde se promueve la preservación y difusión de la cultura con mayor vehemencia. Respecto a su tarea moral, puede agregarse que sus educandos afrontan la necesidad de cumplir con las obligaciones que les impone su formación profesional, pero también buscan los espacios –que pueden ser los más diversos– para manifestar libremente sus ideas políticas respecto a los problemas nacionales, por lo que el *campus* puede ser el indicado por constituir su espacio vital.

Además, el compromiso moral de las universidades resulta incuantificable, pues va de la mano con la función social con la que se procura la transmisión y generación del conocimiento en sus aulas y laboratorios; este compromiso tampoco es ajeno a la autonomía de la que gozan, pues más allá de ser un privilegio para las instituciones, resulta una enorme responsabilidad autogobernarse. Retomando un discurso del ingeniero Javier Barros Sierra, que al respecto decía:

entraña una responsabilidad para todos los miembros de la comunidad universitaria: cumplir con nuestros deberes y hacer honor a la institución, recordando que la autoridad y el orden en nuestra casa de estudios no se fundan en un poder coercitivo, sino en una fuerza moral e intelectual, que sólo depende de la conciencia y capacidad de cada uno de nosotros (Barros, 1966).

De ahí que, tras de aquellas opiniones como la de Vargas Llosa, que denigran a las universidades públicas, se esconden los más oscuros designios de intolancia contra las filosas aristas de su autonomía, misma que permite analizar todas las formas de pensamiento. Como consecuencia de ello, los miembros de su comunidad toman conciencia de los problemas nacionales

y no pueden ser rehenes permanentes de la academia, sino que precisan sacudirse de esta para poder criticar la realidad y todo su entorno.

Frente a la posición crítica de las comunidades universitarias en su conjunto, quizá sea conveniente dar una vuelta de tuerca y traer a la memoria a Justo Sierra, quien pese a haber fallecido hace casi un siglo, aún es factible de rastrear y confirmar su presencia en los *campus* de las universidades públicas mexicanas. Él, después de tres décadas, logró que en su tercera iniciativa de ley el Congreso aprobara la constitución de la Universidad Nacional de México en 1910. En ese lapso, maduró y perfeccionó a tal grado su propuesta de modelo de universidad moderna, que sin proponérselo la hizo trascender en el tiempo y el espacio, pues los principios rectores con los que la esbozó, se repitieron en la fundación de otras casas de estudio que se erigieron en la República mexicana, de tal suerte, que en ciertos momentos, como cuando los problemas económicos o sociales se erigen en un desafío enorme, la figura de Sierra se agiganta: su sombra se proyecta y cobija a estas instituciones, porque son muy pocos los jóvenes carentes de recursos que podrían acceder a una educación profesional sin su existencia; además, Sierra se convirtió en un paradigma excepcional, porque pese a ser el funcionario de una dictadura, en su doble función como ministro de Instrucción Pública y su compromiso de intelectual, de educador, así se muestra en una pequeña cita del discurso inaugural que pronunció, al decir:

No, no se concibe en los tiempos nuestros que un organismo creado por una sociedad que aspira a tomar parte cada vez más activa en el concierto humano, se sienta desprendido del vínculo que lo uniera a las entrañas maternas para formar parte de la patria ideal de almas sin patria; no, no será la Universidad una persona destinada a no separar los ojos del telescopio o del microscopio, aunque en torno de ella una nación se desorganice; no la sorprenderá la toma de Constantinopla discutiendo sobre la naturaleza de la luz de Tabor (Sierra, 1978:6)

Este exhorto, en el sentido de que nadie de la comunidad universitaria debía desvincularse de la sociedad y sus problemas, reiteradamente lo repitió Sierra de distintas formas en aquel discurso. Lo mismo hizo al enunciar las libertades mínimas que debían tener para ir configurando su autonomía, pues sólo así, advirtió, podría arribarse a un conocimiento amplio, sólido y generador de la ciencia nueva. A un legislador que le cuestionó ese punto, con energía le contestó: “la autonomía la tendrá de hecho o por derecho”.

OPERARIOS CONTRA UNIVERSITARIOS

En el ámbito de la educación superior en México, desde los años sesenta del siglo pasado comenzó a manifestarse la necesidad de tecnificar más a las universidades y dotar a los tecnológicos de un conocimiento

más universal. Sin embargo, por la virulencia de los movimientos estudiantiles en la década de los sesenta y los setenta del siglo XX, esa preocupación académica fue diluyéndose y paulatinamente se transformó en un propósito *cuasi* político. Las premisas para que así sucediera, fueron: la masificación de la educación superior, la incisiva manifestación crítica de sus comunidades acerca de los asuntos públicos, el ataque persistente que contra de ellas promovieron ciertos medios de comunicación y la crisis económica nacional. Estos fueron algunos de los elementos que el Estado tomó en cuenta para modificar su antigua política educativa. A consecuencia de la crónica escasez de recursos y, so pretexto de la productividad y la excelencia de los centros de estudio y sus académicos, las autoridades correspondientes idearon calificar –o descalificar– a las universidades públicas, mecanismo bajo el cual justificarían el otorgamiento condicionado de prerrogativas a ciertas instituciones de educación superior; de igual manera comenzó a promoverse la premiación a una élite de profesores que, por sus posgrados o prestigio, se harían acreedores de distinciones y estímulos económicos.

Estas medidas, que debieran ser motivo de celebración y elogio, han dejado de lado a los cuadros jóvenes, que son quienes más necesitan tales estímulos para arribar a la excelencia; tampoco han estado exentas de cierta discrecionalidad, dando por resultado un propósito inocultable, el cual consiste en “adelgazar” la autonomía de las instituciones de educación superior. No sólo porque el patrón con el cual miden la eficiencia de las universidades fue importado, sino porque la exigencia de productividad a que obligan a los centros de educación superior mexicanos –sean públicos o privados–, no puede compararse con los de las naciones desarrolladas y con la realidad en que se desenvuelven, lo cual da como resultado que se privilegia a las instituciones y académicos que ya de por sí gozaban de una situación de excepción. Al resto de los profesores y en particular a los novicios, en aras de acceder a becas o estímulos académicos, se los somete a una competencia individual que únicamente alienta el pragmatismo e inhibe el análisis riguroso de los fenómenos que estudian; es decir, empobrece la crítica y el desarrollo integral del conocimiento.

En esas circunstancias, la universidad estaría en condiciones de abandonar una porción de su fuerza moral, en particular como modeladora de espíritus. El mismo Justo Sierra, el educador por excelencia y promotor de grupos de intelectuales que dieron un impulso inigualable a la cultura y sus diversas manifestaciones en la posrevolución, cuando inauguró la Universidad Nacional de México, hizo énfasis en esa tarea, que debía promover dicha institución, cuando dijo:

...la cultura consiste en sugerir al hombre, en nombre de ciertos principios superiores, la idea de que hay en él una serie de afinidades que le sirven para moderar la

violencia de notas maestras que disuenan en su gama, afinidades que nos son un auxilio para nosotros mismos. La cultura restablece el equilibrio, pone al hombre en su lugar entre sus iguales (...); esta sugestión de principios superiores, de ideas justas transmutables en sentimientos altruistas, es obra de todos los hombres que tienen voz en la historia, que adquieren voto decisivo en los problemas morales que agitan una sociedad (Sierra, 1978: 11).¹

En este mismo sentido, medio siglo después, el rector de la UNAM, Ignacio Chávez, con otras palabras manifiestó esa misma preocupación, al sostener que:

no hay peor forma de mutilación espiritual que la de un profesionista falto de cultura humanística (...); quien carezca de ella podrá ser un gran técnico en su oficio, podrá ser un sabio en su ciencia, pero en lo demás no pasará de ser un bárbaro, ayuno de los que da la comprensión humana y de lo que fija los valores del mundo moral (Chávez, 1978: 48).

Esta percepción no es privativa de los universitarios mexicanos, sino de cualquier persona estudiosa, incluidas aquellas que están inmersas en las ciencias *duras*. Albert Einstein, por ejemplo, advertía que el “énfasis excesivo del sistema competitivo y la especialización prematura con miras a la utilidad inmediata, matan el espíritu del que depende toda la vida cultural y de ello finalmente depende también la florecencia de las ciencias especializadas” (Einstein, 1952). Es decir, se corre el riesgo de caer en lo que Ortega y Gasset llamaba la “barbarie de la especialización” (Inciarte, 1986: 109), refiriéndose a quienes poseen la erudición en un solo tema, pero son ignorantes en cuestiones ajenas a la parcela de su conocimiento. Un rostro más de esas tendencias en las políticas educativas que actualmente se aplican en México, consiste en privilegiar a las ciencias exactas por encima de las que analizan los fenómenos sociales y las humanidades, lo cual acrecienta el riesgo de romper el sano equilibrio que debe prevalecer entre la universalidad y la tecnificación del conocimiento; no reparan, quienes impulsan estas tendencias, en reflexionar que “la ciencia es otra cosa –decía el Dr. Chávez–, nos hace fuertes pero no mejores (de ahí el reclamo en el sentido de que); el profesionista, mientras más sabio debe ser más culto” (Chávez, 1978: 175). De tal suerte que, de consolidarse tales planes en la educación superior, las universidades públicas pondrían en riesgo la tarea moral que la sociedad les encomienda.

Como consecuencia de la alta tecnificación a la que se ha llegado, a manera de ejemplo bien puede

utilizarse una rama del conocimiento específica de las ciencias sociales; difícilmente alguien puede negar que en el mundo actual una porción considerable de los males que aquejan a todas las sociedades tengan su origen en la economía, lo cual hace comprensible que de manera creciente se pondere el estudio de esta disciplina y quienes en ella se forman. Sin embargo, para el común de la gente y especialmente a partir de las crisis reiterativas desde la década de los setenta, “el realismo de la previsión económica ha resultado ser una absoluta farsa y la política económica en ella basada, un horroroso fracaso” (Gonder, 1979:54), de tal suerte que los expertos en dicha materia, según se desprende de una encuesta realizada a gente común de la sociedad norteamericana –y que personas de otras latitudes pudieron haber opinado en forma semejante si se les hubiese interrogado–, sean mirados con una capacidad de predicción semejante a la de los astrólogos (Gonder, 1979:55). Una de las razones fundamentales para explicar sus equívocos, en el plano más simple, podría atribuirse a que sirven al interés de quienes son dueños del capital. O bien, como lo diría un miembro del Consejo Nacional de Seguridad de Estados Unidos en la administración de Clinton durante tres años, que catalogaba a los que laboran en esas oficinas como “operarios”. Para entender mejor el concepto, los describe como gente sumamente capaz pero carente de criterios propios, razón por la cual los hace proclives a buscar orientación en asuntos de lo más simple. Luego, ese mismo personaje, los define con mayor precisión en la siguiente cita:

Keynes dijo que los hombres prácticos suelen ser los esclavos de algún economista difunto. Pues bien, el mundo se ha acelerado y ahora los hombres y mujeres prácticos imitan a los académicos y corifeos que ven en los programas de televisión (Freinberg, 1996:73).

A contrapelo, sobre los riesgos de la tecnificación en la educación y respecto del ejemplo referido, desde su mirador de humanista, Alfonso Reyes afirmaba:

Querer encontrar el equilibrio moral en el solo ejercicio de una actividad técnica, más o menos estrecha, sin dejar abierta la ventana a la circulación de las corrientes espirituales, conduce a los pueblos y los hombres a una manera de desnutrición y de escorbuto. Este mal afecta al espíritu, a la felicidad, al bienestar y a la misma economía. Después de todo, economía quiere decir recto aprovechamiento y armoniosa repartición entre los recursos de subsistencia. Y el desvincular la especialidad de la universidad equivale a cortar la raíz, la línea de alimentación. Cuando los especialistas, magnetizados sobre su cabeza de alfiler, pierden de vista el conjunto de los fines humanos, producen aberraciones políticas. Cuando los hombres lo pierden de vista, labran su propia desgracia y la de los suyos (Vera, 1987: 89).

1. Entre los hombres que Sierra cita “con voz en la historia” y que debían estudiarse en la Universidad, estaban: Víctor Hugo, Juárez, Abraham Lincoln, León Gambeta, Garibaldi, Kossut, Gladston, León XIII, Emilio Castelar, Sarmiento, Bjoernson, Karl Marx, para hablar –decía– sólo de los vivos de ayer.

En las universidades públicas de México, frente al proceso de globalización mundial, es deseable que fomenten y fortalezcan sus áreas técnicas, pero sin dejar de lado el estudio de las humanidades, de lo contrario, no podrían valorar sus tradiciones, perderían su identidad y desdibujarían sus raíces culturales. De ahí que nada de esto es accesorio, pues el avasallamiento del capitalismo ha sido vertiginoso y brutal, al grado de convertir al mundo en un botín de los intereses al servicio de las grandes corporaciones. Entre quienes lo advertían, hubo voces precisas que denunciaron con mucha anticipación los riesgos y sus implicaciones; una de ellas fue la de Octavio Paz, quien decía: “Nuestra marcha es excéntrica. El imperialismo no nos dejó acceder a la *normalidad histórica* y las clases dirigentes de México no tienen más misión que colaborar como administradoras o asociadas, con un poder extraño. Y en esa ambigüedad histórica reside el peligro de un neoporfirismo” (Paz, 1976: 132). Cuando se hicieron esas advertencias, una parte de la inteligencia mexicana aún estaba actuante, defendiendo “en multitud de ocasiones, la herencia revolucionaria. Pero nada más difícil que su situación. Preocupadas por no ceder sus posiciones –desde las materiales hasta las ideológicas– (hicieron) del compromiso un arte y una forma de vida. Su obra (fue), en muchos aspectos admirable; (pero) al mismo tiempo perdió independencia y su crítica resultó diluida a fuerza de prudencia...” (Paz, 1976: 41).

Fue así que, paulatinamente, fueron abandonándose valores y principios fundamentales heredados de la Revolución, de tal suerte que en las últimas décadas, las autoridades que han gobernado el destino nacional, incluidas ciertas instancias educativas de distintos niveles, se asemejan cada vez más a administradoras de poderes extraños al nacional, diría Octavio Paz. Algunos de esos funcionarios, incapaces de asumir el más mínimo compromiso con las universidades públicas, en sus declaraciones las elogian y en lo privado las reconocen como un mal necesario; los más osados, son aquellos funcionarios jóvenes egresados de las instituciones privadas de educación superior, o bien, aquellos que regresan del extranjero con su posgrado acreditándolos como especialistas “operarios”: se muestran incapaces de analizar y comprender el significado y el sentido social de las universidades, quizá se hagan la misma pregunta que un diputado le hizo a Justo Sierra, cuando este hizo hincapié en las libertades que debían configurar la incipiente autonomía universitaria: “¿Cómo el Gobierno va a crear una institución independiente, entregándola para que la gobiernen personas ajenas a él? ¿Cómo el Gobierno va a consentir en desprenderse de una suma de facultades para que otro gobierne la casa que él paga?” (García, 1975: 105).

La suposición de los cuestionamientos que algunas autoridades pueden hacerse, adquiere sentido en virtud de que al momento de presupuestar los montos destinados para la educación superior, los calculan

como banqueros u “operarios”, es decir, conforme con los rendimientos utilitaristas del qué y cuánto puede obtenerse, aunque sean meramente cuantitativos y poco reparen en lo cualitativo. Con este criterio, son excepcionales las facultades o institutos de ciencias sociales y humanidades que son acreedoras a algún privilegio de apoyo económico, pues –desde su perspectiva– esos conocimientos no tienen una utilidad práctica. Las ciencias exactas son vistas con buenos ojos y en especial aquellas escuelas en las que, por obtener mejores presupuestos, han aceptado hacer modificaciones a los planes de estudio –pese a que algunos de ellos han probado resultados inmejorables– de algunas licenciaturas, con motivo del Tratado del Libre Comercio. Además, los perfiles de los nuevos planes de estudio, pese al acierto de hacer énfasis en el aspecto técnico y práctico de cómo hacer las cosas, carecen de la atmósfera social que les permita reflexionar sobre el cómo y el para qué; esto quizá sea “normal” en países con un alto grado de desarrollo porque tienen resueltos muchos de sus problemas, pero es inaceptable en aquellos en los que se precisa –como México– de la competencia de todos sus profesionales para atenuar los graves y diversos rezagos económicos y sociales.

Por ejemplo, el servicio social se concibió con el propósito de complementar el ciclo educativo de sus alumnos, pero también es una parte consustancial de la obligación moral que asumen las universidades, pues con esas prácticas sus egresados pueden darle un sentido social a su futuro profesional. En una palabra, para hacerlos conscientes de que a pesar de la importancia de sus títulos, es preciso que primero se reconozcan como “hombres de carne y hueso (y de que sean), capaces de sentir las angustias de su pueblo, las necesidades de su tiempo y el peso de las obligaciones que (les) toca cumplir” (Chávez, 1978: 175). Además, este es el preámbulo de su regreso a la sociedad que mediante el pago de los impuestos financió sus estudios y de quien es deudor. Dicho de otro modo, el pueblo espera mucho del conocimiento de ellos, porque son el sustento de las universidades e instituciones de educación superior donde se preparan, por lo tanto, precisan encarar las demandas que legítimamente pueden requerirles, así como la exigencia de que se comprometan en la solución de sus problemas porque para los pueblos como para las universidades públicas, la experiencia ha demostrado, que “no hay más peligroso que un profesional ignorante y nada más dañino que un intelectual carente de sentido ético” (Chávez, 1978: 175).

GLOBALIZACIÓN, CULTURA Y UNIVERSIDADES

La revolución que en las comunicaciones se ha sucedido en los últimos tiempos, ha contribuido de manera excepcional para la expansión del capitalismo. La globalización, sólo es una consecuencia exaltada de ese proceso acelerado de intercomunicación e

interdependencia a nivel mundial, debido a ello, no faltó quienes llegaran a pensar de manera apocalíptica y vieran en George Orwell con su *1984* o en Ray Bradbury con su *Fahrenheit 451*, una realidad muy cercana. Ese temor se sustenta con motivo de la eficiencia de penetración que tienen los medios electrónicos, tanto porque pueden llegar a los lugares más recónditos en un instante, como por la forma en que pueden modificar ciertos patrones de comportamiento entre los miembros de una sociedad; no obstante, cuando a través de esos medios se quiere hacer ver al mundo sin sus pliegues, como si se desdibujaran las fronteras y todo fuera uniforme, surgen o resurgen en diversas latitudes regionalismos que reclaman autonomía, y otros que adquieren expresiones nacionalistas, o bien, minorías que por su etnia, creencias, lengua u otros motivos, exigen respeto a sus derechos. La identidad de esos grupos humanos, conforme con particularidades específicas, viene a demostrar que la cultura es lo que los hace fuertes frente al intento de homogeneizar a todos los grupos humanos con valores medidos con el mismo rasero.

Se ha dicho, de manera genérica, que “la educación tiene dos fines: por un lado, formar la inteligencia; por el otro, preparar al ciudadano. Los atenienses se fijaron más en lo primero; los espartanos ganaron. Pero los atenienses perviven en la memoria de los hombres” (Rousell, 1983: 195). Pues bien, es deseable que no prevalezca una sobre la otra, sino que ambas sean integralmente atendidas por las instituciones públicas de educación superior. No obstante, nadie es ajeno a que “bajo el signo de las nuevas tecnologías: hay más información que comunicación” (Ferrer, 1996). Una consecuencia de ello es que, en ocasiones, se ha propiciado una fragmentación artificial del conocimiento en los centros educativos, de esa forma es que han surgido nuevas licenciaturas y especialidades que hace unos cuantos años eran inimaginables, de tal suerte que en una misma universidad surgen como hongos las especializaciones e interactúan tan poco entre sí, que imperceptiblemente corroen el propósito de la universidad en el conocimiento.

En las instituciones privadas de educación superior, pese a que en sus licenciaturas persiste un énfasis en las áreas técnicas, existe la manifiesta preocupación de incorporar materias introductorias a las ciencias sociales y humanidades, pero en el mayor número de casos ha pasado a ser algo meramente accesorio. En la mayor parte de estos centros educativos, los intentos por corregirlo y ofrecer una mejor formación profesional, se desdibujan por el propósito utilitarista que prevalece en ellos; por un lado, en el ámbito de la docencia, son excepcionales quienes realizan investigación y ello tiene que ver con las condiciones laborales, pues su planta docente toda es profesionalizada para la enseñanza. Por otro lado, el perfil de la formación tiene un claro sentido pragmático, el ejercicio de la crítica y el análisis pasa a ser un adorno, pues lo importante es el aprendizaje de fórmulas para la

solución de problemas, de ahí que sus egresados compitan de una manera feroz en los mercados de trabajo, pues en una gran parte de ellos la rentabilidad es la demanda más urgente. Puede ser la mejor decisión acorto plazo, pero cuando se pretende dar soluciones en un plazo más largo, siempre será mejor un análisis en el que pueda cuestionarse todas las situaciones del entorno, incluida la parte social, política o económica, pues es ahí donde se coloca la parte humana, o sea, la riqueza más importante de una empresa, una sociedad o un país.

Don Daniel Cosío Villegas, cuando por su edad y experiencia aguzó su crítica, decía refiriéndose a los grupos mejor formados en el manejo de fórmulas y recetas, casi todos ellos insertos en el sector privado:

Los llamados “técnicos” van formando un grupo cada vez más importante de la clase media, tanto por su creciente número como por la necesidad imprescindible de contar con sus servicios para dirigir una sociedad compleja, y también porque, considerando que en tierra de ciegos el tuerto es rey, tienden a disputar los puestos de mando al hombre adinerado, pensando que ellos tienen el título mejor del conocimiento científico y técnico (Cosío, 1973: 106).

Sin embargo, este fenómeno permeó también al poder político y especialmente cuando la crisis económica nacional afloró en toda su magnitud. Esos funcionarios improvisados, con carreras políticas realizadas en la burocracia, por el favor o el compadrazgo, se han mostrado incapaces de hacer frente a eventos inéditos por su complejidad, por lo que cedieron parte de su capacidad de decisión a los técnicos, los cuales resultaron muy eficaces en el juego pirotécnico de las finanzas públicas y en el otorgamiento de privilegios que a ellos o a ciertos grupos les favorecía, pero con concepciones ortodoxas y dogmáticas ajenas a la problemática nacional; con las medidas aplicadas, han hecho más evidentes las carencias del país y lo han subordinado a los intereses del capital internacional.

A esos técnicos, decía un humanista, bien les vendría “un baño frecuente en los universales (porque) devuelve su elasticidad a (su) acción limitada y le presta nuevo vigor” (Vera, 1987: 93). Sin embargo, es un hecho que en México, a semejanza de lo que ha venido sucediendo desde mediados de siglo pasado en una parte considerable del mundo desarrollado, una pequeña elite que aglutina a funcionarios y dueños del gran capital, paga a un puñado de “sabios” para que gobierne, les asesore y administre sus recursos. No pueden dejar en mejores manos sus intereses, pues siendo producto de la barbarie de la especialización, “asemejen más –como decía Einstein– con su sabiduría especializada, a un perro amaestrado que a una criatura armónicamente desarrollada” (Einstein, 1952). En síntesis, la tentación de comparar resulta ineludible y todo parece indicar que, la premonición lanzada

por Octavio Paz a mediados del siglo XX está cumpliéndose, pues México está instalado en un neoporfirismo. El crecimiento nacional está determinado por las inversiones extranjeras, las cuales marcan el ritmo y tipo de crecimiento, y una porción de la inteligencia está hipotecada con esos intereses. Es probable, de darles el beneficio de la duda, que actúen de manera bien intencionada, pero en muchos casos sus posiciones son producto de su ignorancia supina, pues les queda con exactitud aquella frase de que “los hombres del pasado eran a menudo limitados y provincianos en el espacio; pero los hombres que dominan en nuestra época son provincianos en el tiempo” (Rousell, 1983: 214)

Por todo lo anteriormente dicho, es pertinente que la inversión para la educación superior crezca y que en las universidades siga fomentándose el estudio de la ciencia, la técnica y las humanidades de manera integral, porque pese a que en sus *campus* sólo ingresa y egresa una minoría privilegiada, menester es que se formen como buenos profesionales y mejores ciudadanos. Decía Pascal, “si el universo nos contiene por el espacio, nosotros contenemos al universo por el espíritu” (Vera, 1987: 89). De hacerse una analogía, el conocimiento y la fuerza moral de los profesionales que se forman en las aulas de los centros de educación superior, son su principal fortaleza y seguramente, los profesionales serán los que iluminen el sendero por el que saldrá el país de la crisis; ellos, a su vez, se nutren del resto de sus conciudadanos y del patrimonio cultural del que son herederos, y ambos constituyen el dique que puede evitar el avasallamiento del proceso de globalización.

BIBLIOGRAFÍA

- Azuela, Arturo. *La mar de utopías*. México, Plaza y Valdés, 1991.
- Barros Sierra, Javier. “La autonomía universitaria”, en *Gaceta UNAM*. México, Noviembre/1966. Vol. XIII, Núm. 37.
- Chávez, Ignacio. *Humanismo médico, educación y cultura. Conferencias y discursos*. México, El Colegio Nacional, 1978.
- Eistein, Albert. “Ershung Zu Selbststandingen Denkin” 1952, Frankfurt/M 1979.
- Ferrer, Eulalio. “El libro como medio de comunicación”, en *La Jornada*. México, 13 de noviembre de 1996.
- Freinberg, Richard. “La Casa Blanca en 10 lecciones”, en *Nexos*. México, diciembre de 1996.
- Gunder, André. *La crisis mundial*. Barcelona, Editorial Bruguera, 1979.
- García Sthal, Consuelo. *Síntesis histórica de la Universidad de México*, México, UNAM, 1975.
- Inciarte, Esteban (compilador). *Ortega y Gasset: una educación para la vida*. México, Editorial El Caballito/Secretaría de Educación Pública, 1986.
- Paz, Octavio. *El laberinto de la soledad*. México, Fondo de Cultura Económico, 1976.
- Russell, Bertrand. *La perspectiva científica*. Madrid, Altamira, S.A., 1983. P. 195.
- Sierra, Justo. “Inauguración de la Universidad Nacional”, en *Latinoamérica*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1978. (Cuadernos de Cultura Latinoamericana, Núm. 5).
- Vera Cuspineira, Margarita y José Emilio Pacheco (prólogo y antología). *Universidad, política y pueblo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto Politécnico Nacional, 1987. (Educadores mexicanos).